

Jesús nos habla desde su morada, en su persona, para que hablemos por Él.

Sermón 1 Samuel 3:1–10 (11–20)

Cuatrocientos años después de que Moisés guiara al pueblo de Dios a la Tierra Prometida, el Señor llamó a Samuel para bautizar a Saúl y luego a David, el primero de los reyes de Israel. En la narración de su nacimiento, nos enteramos de que Samuel fue un regalo directo de Dios. Cuando solo tenía 3 años, su agradecida madre, Ana, devolvió a Samuel a Dios. Creció con Elí, el sacerdote del Señor, y sirvió en el tabernáculo del Señor.

La historia del niño es una historia encantadora. El niño Samuel, que ahora tiene unos doce años, ayuda a Elí, de unos ochenta años y casi ciego. ¡Y qué sorpresa! Samuel oye claramente que el Señor lo llama, por su nombre. ¿No te encantaría escuchar la propia voz del Señor llamándote personalmente?

Esta historia de Samuel es una tierna y conmovedora historia de confianza. Samuel se muestra como el hijo obediente que los propios hijos de Elí no fueron. Su vínculo con Elí no se basa en la línea familiar, sino en la fe compartida, en el servicio compartido al Señor.

Pero hoy me encanta esta historia sobre todo por la clara llamada de Dios a Samuel. Por su nombre, nada menos, lo llama: "¡Samuel! ¡Samuel!" Quiero oír la llamada de Dios tan fuerte y clara. ¿Y tú?

¿Dónde nos llamará Dios? ¿Cómo nos llamará? ¿A qué nos llamará? Me encanta esta historia de Samuel, porque nos abre los oídos. Sí, Dios nos llama. ¿Escucha? ¿Escucha?

Jesús nos habla desde su casa, en su persona, para que hablemos por Él.

I.

¿En dónde nos llamará el Señor? Donde le plazca. Podría llamarnos en algún lugar atestado de incrédulos. Abraham, padre de todos los fieles, estaba con los adoradores de la luna en Siria. O Dios puede llamarnos en un páramo desierto. Moisés estaba solo pastoreando su rebaño en el desolado monte Sinaí cuando Dios le llamó. En el Evangelio de hoy, Natanael estaba bajo la higuera cuando escuchó la voz del Señor. El Señor nos llamará donde y cuando mejor le parezca.

¿A dónde ha prometido el Señor llamarnos? Igual que a Samuel, el Señor ha prometido llamarnos a su santa casa.

El texto dice: *“El joven Samuel ministraba a Jehová en presencia de Elí “ (v. 1a). Samuel estaba allí mismo, en el tabernáculo de Dios, la casa de culto del Señor. “y la palabra de Jehová escaseaba en aquellos días; no había visión con frecuencia” (v 1b). ¿No tenía Dios nada que decir? ¿O estaba abriendo los oídos de un nuevo siervo?*

“ Y aconteció un día, que estando Elí acostado en su aposento, cuando sus ojos comenzaban a oscurecerse de modo que no podía ver “ (v 2).

El anciano sacerdote se estaba quedando indefenso. Peor aún, se estaba quedando espiritualmente ciego. El capítulo anterior cuenta cómo Elí estaba honrando a sus hijos, Ofni y Finees, por encima del Señor. Les permitía continuar sirviendo como sacerdotes a pesar de que usaban su vocación para lastimar a los indefensos.

Así que Elí *“estaba acostado en su aposento... y antes que la lámpara de Dios fuese apagada” (vv 2b-3a).* Contra la oscuridad, ¡el Señor siempre sigue brillando!

"Samuel estaba acostado en... *“donde estaba el arca de Dios”* ¡Fíjate en esto!

¿Desde dónde te llamará el Señor? Dios nos habla desde su casa.

Tarde, muy tarde esa noche, mientras Samuel duerme, la llamada lo despierta.

Abramos nuestros ojos, despertemos de este dormir cómodo en nuestro propio entorno y escuchemos el llamado de Dios.

"Heme aquí", responde. Corre hacia Elí. "Heme aquí; ¿para qué me llamaste?" "Yo no te he llamado. Vuelve y acústate". Samuel vuelve y se acuesta.

Otra vez viene la llamada. "Samuel". De nuevo se levanta y corre hacia su mentor. "*Heme aquí; ¿para qué me has llamado?*".

De nuevo el anciano abre sus oscuros ojos. Pero no se enfada con el muchacho. "*Hijo mío, yo no he llamado; vuelve y acuéstate*".

Elí, podría haber pensado de que Dios ha dejado de llamar a su pueblo, ya no hay esperanza.

"Samuel no había conocido aún a Jehová, ni la palabra de Jehová le había sido revelada" (v. 7). Samuel había estado aprendiendo la Escritura de Moisés. Pero hasta ahora no había experimentado personalmente la llamada directa de Dios.

"Samuel", le llaman por tercera vez. El muchacho se levanta y se dirige a Elí.

"Heme aquí; ¿para qué me has llamado?"

Por fin, el sumo sacerdote se da cuenta. ¿Quién llamaba, a quien llamaba, llamaba a Samuel? Samuel ha estado durmiendo en el patio, junto a la tienda del tabernáculo del Señor. ¿Podría venir la voz del arca de Dios? ¡El trono del Señor! En esa caja chapada en oro, cuatrocientos años antes, Moisés había colocado las tablas gemelas de piedra de los Diez Mandamientos. Desde entonces, cada año, en el único Día de la Expiación, el sumo sacerdote solitario había derramado sobre el arca la sangre caliente del cordero sacrificado. Así, la misericordia de Dios cubre su justicia.

En todos sus años como sumo sacerdote, cuarenta años gobernando Israel, ¿había oído Elí alguna vez la voz del Señor? ¿Había esperado Elí que el Señor hablara? Pero Dios había prometido estar allí para su pueblo.

¿Dónde ha prometido Dios hablarnos? ¿Dónde sino en su santa casa? "Donde están dos o tres reunidos" en su nombre (Mt 18,20), allí ha prometido Dios llamar a su pueblo fiel.

Elí le dice al muchacho:

"Ve y acuéstate; y si te llamare, dirás: Habla, Jehová, porque tu siervo oye."

¡Qué oración para ti y para mí hoy! Señor, nos has reunido aquí en tu nombre. Abre nuestros oídos para oírte hablar, para escuchar tus palabras que nos llaman.

Samuel vuelve a acostarse. En la casa de culto del Señor, espera tranquilo la palabra del Señor.

II.

¿Cómo nos llamará aquí el Señor? Como le plazca. A Abraham le llamó en una visión (Gn 15:1). A Moisés le llamó desde la extraña zarza ardiente. A Natanael vino como el forastero de Nazaret. El Señor nos llamará de la manera que mejor le parezca.

Pero podemos contar con mucho más que eso. El Señor nos ha dicho dónde escuchar. ¿Cómo ha prometido llamar? Igual que a Samuel, el Señor ha prometido llamarnos en su propia persona.

El texto me asombra. La cuarta vez, Samuel no oyó simplemente la voz del Señor. Dice: "Y vino Jehová y se paró "¡Samuel! ¡Samuel!" (v 10a). El Señor todopoderoso, el que había prometido estar presente con su pueblo de forma invisible.

Él, que se mantenía en su trono sobre el arca de la alianza. Para Samuel, se envuelve en una forma humana. Se "para allí" para llamar al muchacho.

¿Lo ves? ¿Es un sueño, Samuel? ¿Es un engaño? ¿O es el Señor vivo lo que ves?

¿No ha prometido Dios hacer aún más por nosotros? No solo por el momento fingiendo ser humanos, para que pudiéramos escuchar su llamado. La Palabra de Dios en realidad "se hizo carne y habitó entre nosotros". El texto navideño todavía me llena de asombro. El Evangelio de Juan se maravilla: "El Verbo se hizo carne. ¡Tabernáculo, acampó, entre nosotros!" (cf. Jn 1, 14).

Este mismo Jesús, el que se mostró a Samuel, que nació como nuestro hermano, que llamó a Natanael. El que promete estar aquí donde dos o tres se reúnen en su nombre. Por nosotros, él vendrá, se parará aquí con nosotros.

Y la posición de Jesús con nosotros es tan real como lo fue con Samuel esa noche. La verdad es que hoy entendemos mucho más claramente por qué estuvo con Samuel y con nosotros. El Señor no vino a Samuel porque fuera menos pecador que Ofni, Finees o Elí.

Él vino porque los pecados de Samuel, y de Ofni, y de Finees, y de Elí, y de ti y de mí, los pecados que hicieron que la palabra del Señor fuera rara en esos días, que de hecho habrían hecho imposible cualquier comunicación entre nosotros pecadores y el Dios santo, esos pecados han sido quitados. Cristo Jesús vino a *estar con* el fin de estar *en nuestro lugar* bajo el castigo de todo pecado. Esa era la cruz.

Así que ahora esperamos la última llamada: "¡Hermana mía, hermano mío, levántate! ¡Amada mía, ven a casa!" ¡Y lo veremos, de carne y hueso, nuestro Señor resucitado!

¿No puedes esperar? ¡No tienes que hacerlo! Ya hoy, en esta casa, ha prometido hablarnos. ¿Cómo? Por su evangelio. Por su Palabra proclamada incluso desde este púlpito. Su Palabra aquí es para todos.

¿Quieres que te llame por tu nombre? Ya ha prometido hacerlo hoy en esta casa. ¿Cómo lo hará? A través de su agua. Nos llama a todos por nuestro nombre y nos bautiza en el poder del nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¿Pero quieres que él esté aquí para ti hoy, tu verdadero hermano, todo vivo? Ya hoy, en esta casa, ha prometido. ¡Por su pan, por su vino, llama! "¡Este es mi cuerpo, esta es mi sangre, para ti!"

Si no escuchamos el llamado del Señor a nosotros, no es como si se hubiera quedado mudo. ¡Su voz es un Libro abierto! Si no escuchamos el llamado del Señor a nosotros, nos hemos vuelto sordos a su Palabra.

Es por eso por lo que seguimos viniendo a adorar. Es por eso por lo que reservamos tiempo para oraciones personales, oraciones de grupos y devociones familiares. Es por eso por lo que

nos reunimos para estudiar la Biblia y hablar de nuestra fe con amigos. ¡Vivimos para escuchar el llamado de Dios a nosotros, la voz viva de Jesús!

III.

Nuestro Dios es sorprendente. ¿Quién podría adivinar dónde y cómo promete llamarnos? ¡En su casa, en su persona, nos llama! Es sorprendente, porque? . ¿Quién podría creer con qué propósito nos ha llamado?

¿Qué te llamará a hacer? Bueno, ¡lo que él quiera! Abraham, a la edad de 75 años, Dios lo llamó a mudarse al otro lado de su mundo, y a la edad de 99 años, a formar nuevas naciones. Moisés, el asesino fugitivo después de cuarenta años, todavía escondido de Egipto, Dios llamó a regresar directamente a Egipto para liberar a su pueblo esclavizado. Natanael, asombrado al ver por primera vez a Jesús, Jesús lo llamó para ver y creer aún más. Quienquiera que seamos, por larga o mala que sea nuestra historia, Dios nos llamará a hacer lo que él sepa que es mejor.

¡Pero podemos esperar mucho más que eso! Lo mismo que para Samuel. ¿Qué te llamará el Señor a hacer? Dios nos llama a hablar por él.

El Señor llamó a Samuel para que dijera una palabra dura. "Elí, vuestros hijos, desobedientes todos estos años y sordos a la palabra del Señor, serán cortados como sacerdotes. El servicio de su familia al Señor ha terminado". La única Buena Nueva fue que el Señor, no importa cuán bloqueados estén los oídos de sus sacerdotes, no importa cuán infieles sean los corazones de su pueblo, el Señor se abrirá paso de nuevo para dar a conocer Su Palabra.

A veces, el Señor nos llama a hablar una palabra dura. No les hacemos ningún favor a nuestros amigos cuando los dejamos revolcándose en las arenas movedizas del pecado. Pero incluso cuando tenemos que gritar advertencias, el Señor nos llama a arrojar al que se hunde su salvavidas, la muerte de Jesús por su perdón. Su Palabra rescata. Su Palabra da vida.

En cada área de nuestras vidas, Dios nos llama a servir a los demás en esa vocación. Tenemos la oportunidad de amar y servir con su fuerza, así como él nos ama y nos sirve. Él te ha colocado en el mundo justo donde te necesita.

¿Qué te ha llamado el Señor a hacer? Pedro dice:

“vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9)

Al igual que Samuel la primera, la segunda y la tercera vez, tal vez no reconocimos que el Señor nos estaba llamando. Sin embargo, llama. Nos llama reunidos aquí en su casa. Él llama a través de su Palabra viva. Él nos llama a cantar sus alabanzas en todas partes.

Al igual que Samuel, ¿responderemos con fe humilde y sincera?

“¡Habla, Señor, ¡porque tu siervo oye!”

Amen